

PALABRAS DE ENCUENTRO CON BECARIOS DE LA UCAB

JUAN CARLOS ESCOTET

2016

Hay un punto de inflexión en las historias que nos gustan y en las historias que reaparecen en nuestra mente. Un momentum, donde los hechos cambian de rumbo o adquieren un nuevo significado. Ese momentum tiene un carácter universal y está siempre presente.

Cuando las cosas que suceden no tienen ese atributo, las olvidamos de inmediato. Lo que particulariza la experiencia es justo ese toque, ese dato, ese giro que cambia para siempre la trayectoria de la realidad.

Ese instante decisivo está en las historias de los libros sagrados, en los cuentos y relatos que alguna vez hemos leído, en las películas que nos mantuvieron aferrados a una butaca, en las palabras susurrantes que se dicen en la intimidad de las parejas o en el seno de la propia familia o entre los amigos: solo aquello que es resolutivo, que tiene ese punto de inflexión, adquiere la dignidad, seamos o no conscientes de ello, de almacenarse y ocupar un lugar en nuestra memoria.

Quienes, entre ustedes, hayan sido lectores de La Biblia, jamás olvidarán cuando Jesús de Nazareth llega a la casa donde vivía Lázaro de Betania. Marta y María, las dos hermanas, le reciben entre lágrimas. Le hacen ver a Jesús que ha llegado tarde, porque su hermano tiene ya cuatro días que ha fallecido. Él le pide que le lleven hasta la tumba. Y es allí cuando se produce el momento que no es posible arrancar de nuestra memoria, cuando Jesús se dirige al muerto y le dice: “Levántate y anda”.

Quienes han sido seguidores de la saga cinematográfica de la Guerra de las galaxias, tampoco podrán olvidar del momento en el que, durante el quinto episodio, en medio de un combate de vida y muerte, Darth Vader le dice a Luke Skywalker, la frase que ha sido escogida por un jurado de críticos de cine, como la más memorable de la historia del cine:

Luke, yo soy tu padre.

Quienes alguna vez, en sus años escolares, tuvieron la fortuna de tener un profesor o una profesora de castellano y literatura, que los tomara de la mano y los condujera hasta el poderoso drama humano contenido en el canto XXIII de La Ilíada, llevarán en sus pensamientos, hasta el final de sus días, el instante en que

el viejo Príamo, doblegado de dolor, se arrodilla ante el orgulloso y prepotente Aquiles, quien ha matado a su hijo Héctor, y le suplica que le entregue su cadáver, con lo cual podrá prepararle la ceremonia fúnebre que Héctor merece.

Si nos pusiéramos a conversar, no ya de los grandes relatos y de las grandes películas, sino de las propias historias personales, verificaríamos esto: que el universo de cosas que mejor recordamos, no solo las placenteras sino también aquellos recuerdos que preferiríamos borrar de nuestra mente, contienen un instante, un momento excepcional, que las configura y les otorga una nueva potencia, una significación todavía mayor.

Todas las historias de Excelencia que conozco, aquí en Venezuela y en muchos otros países, guardan una empatía de fondo, las unas con las otras. Aunque la Excelencia esté referida a campos de conocimiento muy distintos, aunque esté protagonizada por personas de la más rica paleta de peculiaridades, aunque pueda rastrearse en las más diversas especialidades de lo productivo, ella es siempre indisociable de ese instante excepcional, donde las cosas se redimensionan, donde las trayectorias se disparan más allá de lo que estaba previsto.

Pero a diferencia de los relatos que a diario escuchamos de tanta gente que conocemos, en las personas de Excelencia, los momentum, los instantes que desatan nuevas perspectivas y horizontes, son más frecuentes. Se suceden con una frecuencia que, en no pocas oportunidades, va en aumento a medida que los años pasan.

La excelencia consiste justamente en eso: que lo excepcional, que lo que amplifica y genera beneficios en muchos sentidos, no es un acontecimiento de una vez en la vida, sino que reaparece con el transcurso del tiempo, cada vez en un empaque de mayor perfección. La maravilla de lo Excelente, lo que tanto nos deslumbra, es que su duración en el tiempo es el producto de la reaparición constante de lo bueno, de lo excepcional. Si la Excelencia es duradera, es porque ella se renueva sin cesar.

Y es que la Excelencia tiene una facultad que la hace única: se alimenta, tanto de sí misma como de su entorno. Entre aquellos que han escogido el camino de lo eminente y aventajado, el aprendizaje ocurre más rápido, y se proyecta hacia un número de campos más numeroso. En la Excelencia hay una inconformidad de fondo que la proyecta hacia nuevas fronteras. Y esa inconformidad es la que facilita al sujeto de Excelencia, el poder pensar y actuar más allá de su especialidad. Quiero decir con esto que la Excelencia, casi de forma natural,

termina por resultar benéfica en lo que le concierne, y también hacia lo contiguo, hacia otros ámbitos más allá de los propios

Seguro estoy de esto: si tuviésemos el privilegio de escuchar el relato de vida de cada uno de ustedes, uno de los elementos excepcionales que se repetiría sería el del esfuerzo.

Ustedes son ciudadanos de empeños. De desvelos. Quizás, casi me atrevo a decir que con seguridad, personas que han sacrificado muchas otras cosas para lograr las calificaciones que los acreditan, no solo para obtener altos promedios, sino algo todavía de mayor repercusión, que es alcanzar la respetabilidad que merecen todos aquellos que aman el conocimiento y luchan por obtenerlo e incorporarlo a la realidad de cada día.

Pero estas palabras que hoy estoy dirigiendo a 113 meritorios estudiantes universitarios, no deberían agotarse entre nosotros. La pregunta que nos interroga a todos, especialmente a ustedes, jóvenes becarios, es si hay ideas, iniciativas, emprendimientos que contribuyan a propagar una cultura de la Excelencia.

En el mundo entero se están produciendo tendencias que marchan en sentido inverso a las necesidades de la sociedad. La demografía de la Excelencia es insuficiente en relación con los requerimientos del planeta. Mientras los problemas crecen, mientras la complejidad se acentúa, el grupo de profesionales altamente competentes en el mundo no aumenta a la misma velocidad. Por supuesto, hay toda una madeja de factores, enrevesados y difíciles de clarificar, que explican esta deficiencia que es estructural, dolorosa y, en cierto modo, peligrosa, si la miramos desde la perspectiva del interés público.

Cada uno de ustedes, es un reservorio único de privilegios: tienen juventud, que es una facultad que no siempre se aprecia cuando uno la detenta y todavía no la ha perdido; han puesto a prueba la voluntad de sus respectivos talentos, lo que es una ganancia cuya utilidad perdura con el paso de los años; conocen ese placer que consiste en recibir los frutos a costa de insistir en aprender y dormir menos que los demás; están, con pocos años, dando pasos firmes hacia un futuro promisorio. Cada quien tiene un bien, que es invaluable: la posibilidad de decirse a sí mismo, hay algo de mi vida que me he ganado con mi propio esfuerzo. Un orgullo secreto. Una propiedad que es del espíritu.

Tienen ese ramillete de maravillas, pero también unos dilemas por delante. Ninguno de esos dilemas es poca cosa, porque ellos hablan de la familia, de las parejas, del mundo de los afectos, de las oportunidades de formación, de las

oportunidades profesionales y hasta del futuro inmediato de nuestra Venezuela. Nada que pueda obviarse o zanjarse con apuro.

Cuestiones de peso en la vida de toda persona que está en la búsqueda de un sentido para su vida.

No soy yo un consejero que crea prudente hacer alguna afirmación gruesa sobre la cuestión de si emigrar o luchar en esta tierra de gracia. Ante debates de tan profundo calado individual, no valen las generalizaciones. Si se plantea como dilema, cada quien merece que su situación se analice con sosiego y a fondo.

En todas partes, hay que decirlo, hay dificultades y desafíos. No quedan paraísos en el mundo, ni mucho menos tampoco. Lo digo, con el conocimiento que me ha provisto ser parte de una organización que tiene operaciones en muchos mercados, y que además, ha explorado muchos otros: no hay un lugar con más oportunidades que este. En ninguna parte hay la disposición y la generosidad que es el signo venezolano, aunque en ninguna parte concurren los problemas que hoy marcan la cotidianidad de la vida venezolana.

Los veo y me lleno de entusiasmo. Me digo que la batalla por el futuro de Venezuela está todavía por librarse. Los veo y me digo: tiene que salir bien. Por ustedes, por nuestros hijos y nietos, más temprano que tarde despegaremos hacia el país más digno que todos queremos.

Muchas gracias.